

repentimiento y de un vehementísimo deseo de unirse al Criador: ¡“Cuánto padezco, decia de vez en cuando, cuanto padezco, Dios mio! pero no me quejo, Señor, no me quejo; todo esto nada es comparado con lo que merezco. ¡Ay cuán grande es la divina misericordia supuesto que me sacó del abismo en que me encontraba y permitió que viniese yo á morir aquí, en medio de tantas gracias, en el seno de la santa Iglesia y auxiliado con todos los sacramentos!”

Y volviéndose á su crucifijo, besábalo con intenso amor diciendo: ¡“Dulce Jesus, dulce Jesus mio, cuán bueno sois, cuán bueno! . . . Luego que me pongo á meditar en todo lo que he hecho contra Dios, no comprendo como ha podido tener de mí misericordia. ¡Ay Dios mio, son graves en tal extremo mis pecados! . . . Toda mi esperanza está cifrada en la sangre de Jesucristo.” Y besaba de nuevo el crucifijo y lo apretaba contra los labios repitiendo: “¡Dulce Jesus, dulce Jesus mio!”

Uno de sus dignos hermanos, aquel de ellos que le velaba, suplicóle que cuando estuviese cerca de Dios se acordase de aquella orden naciente, de su padre, de sus hermanos y de su patria. Levantó entonces la cabeza, y con una mirada en que se pintaba el cariño: “¿Cómo podeis imaginaros, contestóle, que os llegue jamás á olvidar en cualquier parte en que estuviere?”

En aquel momento parecieron disminuirse un tanto en tanto sus padecimientos y su respira-

cion fué menos ruidosa; dijo que deseaba dormir un poco y que estuviesen un rato sin hablarle. Media hora despues habia entregado á Dios su alma.

De este modo se durmieron en el Señor los dos jóvenes cuya conversion hemos referido, de suerte que podemos abrigar la esperanza de que serán para nuestra Francia agradables hostias que atraeran sobre tantos corazones que están apartados de Dios, la abundancia de las celestiales bendiciones.

DELAURO-DUBEZ.

Ahí teneis un anciano que, después de haber llegado al invierno de la vida, y viéndose honrado de la mas alta consideracion en las honoríficas funciones de la magistratura, echa por fin de ver que ha perdido, en un trabajo inútil, los dilatados años de su existencia. Percibe que á la vez que ha estado haciendo uso de los dones de que le habia colmado el cielo, ha olvidado y desconocido al Bienhechor que se los habia, tan generosamente, concedido. El medio de que se sirve la bondadosa Providencia para conducir al sendero de la verdad al magistrado sexagenario, es el recuerdo de una ma-

dre querida; preciosísimo estímulo es este para aquellas madres cristianas que tantas lágrimas derraman sobre sus descarriados hijos, objetos de todo su cariño, de todos sus desvelos, y que les van preparando de este modo la senda del arrepentimiento después de los mas dilatados extravíos. El señor Delauro-Dubez, *jornalero de la hora undécima*, consagró los últimos diez y ocho años de su vida á trabajar en la viña del Padre de familia. Sus virtudes y sus escritos han hecho volver al sendero de la religion á muchas almas que andaban como él discurrendo por los tristes desiertos de la incredulidad.

El señor Delauro-Dubez murió el 30 de agosto de 1839. He aquí los términos en que refiere su conversion él mismo.

“He vivido sin religion hasta los sesenta y cuatro años de edad, á pesar de que tuve á la vista, entre los miembros de mi familia, dechados de todas las virtudes cristianas, y á pesar de haber sido testigo de la vida ejemplar que pasaban muchos de mis parientes cercanos.

“A consecuencia de mi empleo tuve que domiciliarme en Montpellier, en una época en que las doctrinas irreligiosas eran allí las opiniones dominantes. Esta circunstancia, y la de mi aislada posicion que era de todo punto independiente, debian naturalmente robustecerme en mis errores. ¡Quien me hubiera dicho en aquel tiempo que mi razon, tan altanera, habia de humillarse, de allí á poco, hasta

el grado de adorar con humilde fe arcanos de oscuridad para mí tan impenetrable, tan espantosas para la mente, que eran el escándalo de la humana sabiduria, y que habia de acontecer esto precisamente en los momentos en que estaba ya arraigada en mí la costumbre de considerarlos como los juguetes con que la supersticion se entretenia?

“A fines del año trascurrido desde mi cambio de domicilio complacíame frecuentemente en dar solitarios paseos por las cercanias de Montpellier. Durante uno de estos paseos, fuéronse á fijar mis ideas, ignoro como, en la época de mi niñez y en mis primeros años juveniles. Acordéme con una verdadera delicia de aquel tiempo de inocencia y ventura, de los cuidados, de las complacencias y de los afectuosos desvelos que empleaba para conmigo la mas tierna de las madres á fin de apartar de mí el funesto contagio del mal. ¡Cuan precioso fué para mi corazon el recuerdo de los principales rasgos de aquella hermosa vida consagrada hasta los cuarenta y ocho años de edad al constante ejercicio de obras caritativas! ¡Cuánto fué viva la emocion de que me sentí penetrado al ir recorriendo en mi memoria aquel humor afable y uniforme, aquel caracter franco, jovial y placentero, tan propio para dar á su virtud nuevos hechizos, tan á propósito para que las almas mas frias no pudiesen menos de amarla; aquellas sus visitas diarias á los hospitales y á las cárceles, y aquel industrioso fervor que em-

pleaba para descubrir esos tristes y oscuros lugares donde los pobres vergonzantes ocultan sus horribles miserias!

“Veíala yo prodigando á todos consuelos, enjugando lágrimas, cubriendo las necesidades ajenas y mitigando ajenos pesares. Contemplábala en las plazas públicas, en las calles y hasta en su cuarto rodeada de pobres que ocurrían á ella cual si fuese su comun madre, y recreábame mirándola olvidarse á sí misma por socorrerles, distribuyendo entre ellos sus vestidos y las provisiones á su propia familia destinadas. ¡Qué modestia la suya! ¡que celestial recogimiento cuando á los templos concurría! ¡qué sólida piedad, qué sencilla y qué constantemente amable!

“En los últimos años de su vida ya no podía salir de casa con motivo de sus dolencias. Sus manos, aunque débiles y extenuadas, ocupábanse sin cesar en descoser y en arreglar vestidos viejos, y hasta andrajos que le enviaban algunas personas caritativas para los hijos de los pobres. ¡Cuanto me fueron deliciosas, amadísima madre mía las lágrimas que me hizo verter el recuerdo de las virtudes que habíais practicado en la tierra!... Pero cuando eché una ojeada sobre mí mismo, ¡que doloroso contraste observé, contraste que abrumó mi alma! Los remordimientos anegaron mi corazón en amargura; revelábanme que fuera de este mundo existe una justicia soberana. Algunos tristes pensamientos penetraron en mi ánimo y lo

trastornaron. “¡Oh tú, la mas tierna de las madres! exclamé; ¿seria cierto que esa eternidad de ventura de que tanto me hablaste siendo niño se hubiese ya realizado en tí y que mis insensatas opiniones me condenasen, á estar separado de tí para siempre?... ¿Seria posible que me llegase yo á ver forzado á blasfemar de ese mismo Dios que hubiera premiado tus méritos con una felicidad sin límites.”

Totalmente abandonado á estas ideas, habia llegado sin echarlo de ver á una una distancia sumamente próxima de la iglesia del seminario. De repente y como á pesar mio caigo de rodillas delante de la reja que separa al vestibulo del interior, y exclamo: “¡Oh Dios de mi madre! si, como ella me lo asegurara, sois la verdad, la sabiduría y la bondad suprema; si es cierto que me habeis hecho para vos, y que oís los sinceros deseos que abriga un corazón desventurado, os pido y os suplico que empleeis vuestro poder en socorrerme; manifestaos á vuestra criatura, sed su luz y su vida, ¡enseñadle qué camino debe tomar para que pueda llegar hasta á vos!”... Mi agitacion era extrema, corrian con profusion mis lágrimas, pero al cabo de algunos instantes sentí que la tranquilidad renacia en mi alma y levantéme con la firme resolucion de buscar la verdad de un modo sincero.

“Pocos dias despues marchéme para Rodez á donde debia pasar el tiempo de las vacaciones. La mayor parte de este tiempo ocupélo

en leer los pensamientos de Pascal, los de Bossuet, diversos sermones de Bourdaloue y de Masillon sobre la verdad de los dogmas de la religion cristiana, y las confesiones de San Agustín en las cuales encontré reflexiones tan sólidas como consoladoras sobre la grandeza de la bondad y misericordia divinas. Este ilustre doctor de la iglesia, prueba, con su ejemplo, que aquel que gime bajo el peso de la mas inveterada costumbre no debe abandonarse á un funesto despecho; trabajo cuesta resistirse á la corrupcion de la naturaleza, pero por fin se cambia este combate en una dichosa libertad y en un indecible contento. Hice á la situacion en que me veia la aplicacion de este lindo pasage: "A donde está Dios allí está la verdad; hállese en el fondo de vuestro corazon, empero vuestro corazon de él se aparta. Penetrad, penetrad en vos mismo, y encontrareis allí, no lo dudeis, al que os hiciera. ¿A donde vais atravesando esos ásperos y asolados lugares? Por qué habeis de estar pasando y volviendo á pasar incesantemente por esas vías duras y penosas? Buscáis la vida venturosa, pues no es ahí donde la encontrareis; ¿cómo ha de estar la vida venturosa donde ni siquiera vida existe? Yo tambien me engañé como vosotros; yo tambien recorrí mucho tiempo, con una increíble fatiga, los tenebrosos laberintos de una falaz filosofia; comí el acerbo pan del error á costa del sudor de mi frente.

Pero cansado de vagar tristemente lejos de

la verdad, lejos de Dios; volví á él y entonces disfruté de sosiego. Hasta después de haber conocido los bienes de la tierra y los del cielo, no fué cuando exclamé con toda la efusion de mi alma: "¡A vos, á vos sola es á la que quiero, oh justicia, oh inocencia que estais rodeada de un esplendor puro y brillante y que saciais completamente nuestros mas insaciables deseos! en vos se encuentra un profundo sosiego, una vida llena de una tranquilidad inmensa! el que entra en vos entra en la plenitud de la alegría y colma deliciosamente su sed en el manantial del bien supremo. ¡Ay de mí! en los dias de mi juventud, resbalando por la pendiente de los placeres, alejéme de vos rápidamente, ¡oh verdad inmutable! y al momento, vagando al acaso, trasforméme para conmigo mismo en una region de dolor é indigencia. ¡Qué otra suerte era natural que esperase? Nos habeis hecho para vos, ¡oh Dios mio! y nuestro corazon se siente agitado sin cesar hasta el instante en que en vos descansa."

Estas detenidas lecturas disiparon todas mis dudas, todos mis errores. De vuelta á Montpellier acerquéme á un sacerdote recomendable por su edad, por sus virtudes y por sus luces, quien me ayudó con una bondad paternal, y con un fervor apostólico, á ver claro por entre el caos de mi tenebrosa conciencia, y después de haber pasado por la prueba á la cual juzgò él conveniente someterme tuve la felicidad de cumplir con mi deber pascual.

“¡Cuántas lágrimas derramé entonces, y cuántas he vertido desde aquel venturoso día al acordarme de mis dilatadísimos extravíos! Pero esas lágrimas no han hecho más que aumentar la paz, el sosiego y la dicha de que por espacio de tanto tiempo me había privado. Durante las prolongadas enfermedades que he padecido, la religión ha venido á calmar mis dolores, á mitigar mis males y á prodigarme los más deliciosos consuelos. En estos casos compláceme en penetrarme de las memorables palabras de Domat. Este célebre jurisconsulto, tendido en su lecho de muerte, entregado á los intensos padecimientos que le ocasionaba una dolorosísima agonía, y en medio de sus numerosos amigos que contemplaban con asombro la serenidad de su semblante, decía: “No basta para un verdadero cristiano que sobrelleve con resignación sus males; debe hacerlo también con alegría en expiación de su muchas infidelidades.”

“Desde la época de mi conversión he leído infinitas obras sobre las pruebas de la religión y he cifrado en esta lectura mis delicias porque me ha dado la más completa certidumbre de la verdad del cristianismo. Mientras más he meditado estas pruebas, más las he ido profundizando y más se han ido robusteciendo en mi la íntima convicción en que ya estaba. Las luces que he adquirido en esas obras han sido infinitamente superiores á cuanto mi razón hubiera apetecido.

“Mi vuelta á la fe ejerció desde luego alguna influencia en la de uno de los miembros del tribunal, el señor B*** hombre distinguido por sus luces y sobre todo por una rectitud de ánimo y una concisión analítica, en sus opiniones, verdaderamente admirables. Había adquirido estas preciosas cualidades por medio del estudio de las matemáticas trascendentales y de sus progresos en la ciencia del cálculo de las probabilidades que perfectamente poseía. Después tuve la grata satisfacción de que me agregase al número de sus más íntimos amigos.

“Otro magistrado perteneciente al mismo tribunal, que había estado al alcance de apreciar en su justo valor el juicio sólido y la rara sagacidad del señor B*** sobre todo en dictámenes que presentaban cuestiones sumamente difíciles, asombrado del cambio extraordinario que se operara en él con respecto á la religión, no dudó de que debía haber tenido poderosísimos motivos para variar en aquellos términos y se decidió á leer algunas obras de las que existen en apoyo del cristianismo. Este magistrado, habiendo abandonado sus errores, practica desde entonces, con fervor y edificación, todos los deberes religiosos.

“En fin uno de mis parientes que estaba imbuido en las malhadadas ideas de la filosofía, cayó, hace algún tiempo, gravemente enfermo. Entablé correspondencia con él con motivo del triste estado de su salud, y le dirigí la historia

de mi conversion; leyóla y volvióla à leer y siempre fué derramando lágrimas.

“Ofrecile que haria para su uso, un análisis de las principales pruebas de la religion cristiana, y habiéndome contestado que le daria mucho gusto verlo, dí principio á la obra. Este opúsculo produjo felicísimos efectos, gracias al Maestro supremo de las inteligencias y de los corazones. El mismo amigo me instó á que lo publicase.

“Permita el cielo que sea útil á aquellos de entre mis lectores que, por no hacer un maduro exámen, se han apartado de la religion ó están atormentados de una duda destrozadora! Hallándome ya próximo al término en que todo, menos la verdad, desaparece para el hombre; en una edad en que la fascinacion de los sentidos se disipa, y el tumulto de las pasiones se calma, acaso tengo algun derecho á que me escuchen aquellos á quienes deseo enseñar el camino de la verdadera filosofía, de la felicidad verdadera.

—
VEUILLOT.

Un viaje hecho á Roma en compañía de varios amigos cristianos, fué la causa de que volviere á la fe católica esa alma selecta, que, des-

pués de haber estado sometida á la trise influencia de su siglo, ha consagrado toda su existencia á la defensa de la verdad. Hemos extraido, los pasajes que presentamos á nuestros lectores, de la excelente obra intitulada: *Roma y el Loreto*

“A nada me decidia yo sin embargo! De día en día, de hora en hora lo iba diferiendo, y habia trasecurrido mas de un mes que habia empleado en iluminar mis ideas, en disipar las tinieblas de mi ignorancia, en resolver mis dudas, en pulverizar mis objeciones; y á pesar de esto, ¡estraña y terrible circunstancia! en la incertidumbre de mi voluntad no se operaba cambio alguno. La conviccion de la existencia de Dios habíame conducido á las convicciones del catolicismo. No batallaba yo sobre los dogmas, porque nada presentaban á mi ánimo que no fuese fácil de admitirse; y cuando encontraba algo que no era para mí completamente claro, siquiera concebía que era porque no podía comprenderlo. Dios, sin duda, habia querido concederme esta gracia en atencion á la buena fe con que obraba. Tampoco discutía, fácil es de creerse, sobre la necesidad de decidirme de una vez á encañinarme hácia Dios. Empero mientras mas débiles se volvian los vínculos que me detavieran menos me atrevia á confesarlo y mas miedo me daba contemplarlos. El pecado estaba domiciliado en mi alma, y defendía su posicion sugiriéndome mil artificios y mil demoras. Deseaba yo sin duda su derrota, pero te-